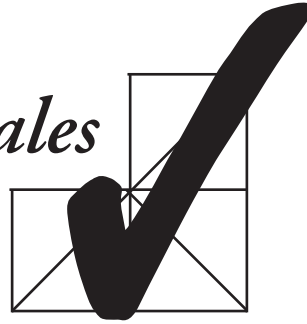


# *Lecturas y señales*



## La única historia

Daniel Matusevich



Julián Barnes  
Anagrama, 2019

Nos volvemos a ocupar de Julián Barnes en estas páginas; si un lector atento nos acusara de fanatismo extremo o excesiva valoración del autor no tendríamos manera de defendernos.

En este caso elegimos reseñar su última novela, una síntesis perfecta de todo lo que escribió con anterioridad; sus temas son siempre los mismos (la memoria, los duelos, el amor, el paso del tiempo, el fracaso, la trai-

(una ponencia, en este caso) casi perdido, sometiéndolo a una doble transformación, de manuscrito a tesis y luego de tesis a libro: Santiago Levín rescata un trabajo casi legendario que Juan Carlos Stagnaro presentó en unas jornadas cordobesas tomando las ideas centrales del mismo para transformarlas en su futuro trabajo.

Por supuesto que esta historia es una ficción, una ficción verdadera si ustedes quieren, que inmediatamente nos trae ecos de Roberto Bolaño y sus novelas en las cuales alumnos alucinados recorren miles de páginas buscando a sus maestros perdidos en el mundo, o a Enrique Vila Matas y sus estrafalarias peregrinaciones por Barcelona, París, Lisboa y Valparaíso.

La otra historia es de qué va el libro: es un libro que recoge el guante en referencia al estado del arte en nuestra especialidad y que ya en la página 17 establece su marco teórico: "...crítico a la psiquiatría bioreduccionista porque pretendo una psiquiatría antropológica, humanística, flexible y eficaz a la vez, que se interese por la biología, el cuerpo, la subjetividad, la historia y la mente humana, en sus aspectos conscientes e inconscientes, por los vínculos, por el grupo".

La afirmación de Vila Matas sobre que "una obra nueva solo tiene sentido si forma parte de una tradición, pero solo tiene valor en esa tradición si ofrece algo nuevo" se ratifica ampliamente en este caso, ya que es en el fragor de las discusiones sostenidas en el seno del Capítulo de Historia & Epistemología donde germinó la semilla de este texto.

La tradición que mencioné en el párrafo anterior se verifica en el trabajo y otras citas de Stagnaro, en el excelente prólogo de Norberto Conti, en los aportes de Rafael

ción, la muerte, los celos, la infelicidad, el arte, la tristeza, la vejez), pero la forma de abordarlos ha variado y se ha complejizado a través de los años. Rodrigo Fresan sostiene que “probablemente sea hoy por hoy el más brillante estructurador de argumentos y calibrador de la óptica de la mirada en lengua inglesa”.

Barnes es un especialista en inicios y en finales, escritor de frases que se transforman en clásicos instantáneos que resuenan en nuestra cabeza a lo largo de la lectura y mucho tiempo después. Veamos un ejemplo: “¿Preferirías amar más y sufrir más o amar menos y sufrir menos? Creo que, en definitiva, esa es la única cuestión”. Lo seguro es que esa se convierte en la única cuestión para nosotros, ya que el eco de la idea se repite una y otra vez, alumbrando el recorrido por una novela en la que Barnes repite una estrategia muy habitual en él, la de transformar un tema trivial en un ensayo filosófico que brinda múltiples posibilidades de lectura.

Para confeccionar este comentario elegimos centrarnos en dos cuestiones: la escritura de historias acerca de nuestros pacientes y el alcoholismo.

Veamos la primera: “La mayoría de nosotros solo tiene una historia que contar. No quiero decir que solo nos sucede una vez en la vida: hay incontables sucesos que convertimos en incontables historias. Pero solo hay una que importa, solo hay una que a la postre vale la pena contar”. Esta reflexión, lo mismo que otras dispersas a lo largo del libro puede servir para continuar pensando la escritura en el mundo de la medicina: la organización de la novela nos permite asistir a la transformación de acontecimientos en historias y verificar la manera en que las mismas estructuran las vidas de Paul y Susan, los protagonistas. Los mecanismos que hace jugar Barnes pueden servir para echar luz sobre como escribimos los relatos de nuestros pacientes. Relatos relacionados con realidad y con ficción, con los usos de una memoria que “no es fidedigna e imparcial” (Barnes dixit), con la manera en que se recuerda para luego contar y con cómo plasmar esto en el papel.

Tal vez convenga plantearse aquí la pregunta acerca de para quién y para qué escribimos los profesionales de salud mental; en principio surgen dos respuestas pero seguramente debe haber bastantes más. Escribir es regis-

tro y relación, escribimos para nosotros y también para los otros, nuestros colegas; escribir las historias de nuestros pacientes es una de las maneras más efectivas que existen de comprender el sufrimiento humano. A través del registro intentamos ordenar, aunque sea de manera ficticia, el estado de caos: el modo a través del cual Barnes va hilando los diferentes aspectos es una clase magistral acerca de cómo dotar de sentido una historia compleja y llena de matices. La escritura sobre nuestros pacientes nunca es objetiva, a la vez que recolectamos información le damos sentido, la modelamos a partir de cómo escuchamos lo que nos cuentan.

La segunda cuestión, el alcoholismo de Susan, es de una fuerza y un dramatismo sobrecogedor, recuerdos instantáneos de María Moreno y Marguerite Duras, quienes escribieron acerca de sus propios alcoholismos. Es Paul quien relata en primera persona el descenso a los infiernos de su mujer, ofreciéndonos narraciones que pueden ser las de cualquiera de nuestras pacientes: “Vacías todas las botellas que encuentras, algunas en sitios evidentes, otras en lugares tan extraños que debe haberlas escondido estando borracha y después haber olvidado donde las puso. Haces que le prohíban la entrada en tres tiendas del barrio que venden alcohol. Das a cada una de ellas una foto para que la guarden detrás de la caja”. Este fragmento nos da una idea aproximada de cómo está estructurada esta parte de la novela, con retazos de escenas intercaladas en episodios breves, como si fueran una sucesión de fragmentos de una historia clínica. Este esquema permite un acercamiento familiar al relato, simplificando notablemente la lectura y permitiendo que sea ideal para ser utilizada como material de enseñanza.

El aprendizaje de nuestra profesión/oficio es con los pacientes, por supuesto; pero también es leyendo y estudiando: como construir teoría que dé cuenta de los cambios y la diversidad en los modos de enfermar o cómo pensar y escribir las nuevas semiologías es uno de los grandes desafíos. La utilización de textos como el de Barnes plantea un camino posible a partir de la propuesta de aplicar relatos (una novela en este caso) a la comprensión y análisis de las ficciones verdaderas llamadas clínicas. ■